

tinguida señal de vuestra Iglesia, y la herencia de un pueblo nuevo, y purificad nuestros corazones y nuestros labios, para que podamos ofreceros alabanzas puras, suspiros fervorosos, y votos dignos de los bienes eternos que tantas veces habeis prometido á los que os los pidan como se deben pedir. Amen.

NOTA ACERCA DEL SERMON
siguiente.

El Sermon que se sigue es tambien sobre la oracion; no tiene exordio, porque no se halló en el manuscrito del Ilustrisimo Señor Masillon; por lo que ha parecido conveniente poner la division al principio. El Sermon antecedente no hace menos apreciable al que se sigue, porque en él se hallan muchos rasgos propios de la eloquencia del Autor.

SER-



SERMON II.
PARA EL JUEVES
DE LA PRIMERA SEMANA
DE QUARESMA.
SOBRE LA ORACION.
DIVISION.

No pedir en la oracion mas de lo que se debe,
y pedirlo como se debe.

LA necesidad y utilidades de la oracion se hallan tantas veces repetidas en los libros santos, y el mismo hombre lleva tan vivamente impresa esta verdad en lo íntimo de su propio sér, y en la flaqueza de sus inclinaciones, que casi parece inutil el instruir en este asunto á los fieles. Y á la verdad, Católicos, si hay un Sér Supremo, y superior á nosotros, Autor de este mundo que habitamos, que le mantiene con la fuerza de su palabra, y que quiere ser conocido y adorado de sus criaturas, debe ser la primera obligacion del hombre le-

van-

vantar los ojos al cielo, reconocer al Señor de quien depende, rendirle homenaje de todo quanto halla en sí, ofrecerle todo quanto ha recibido de su mano, y establecer con él un santo comercio de amor, de adoracion, de servidumbre, y de accion de gracias. ¿Qué puede ser un hombre que reconociendo á este Sér supremo, no le dirige sus oraciones? Será un infeliz sin Dios, que vive solo en el Universo, que no conoce dependencia de otro sér mas que de sí mismo, que registrando su propio corazon se halla solo con sus penas, sus disgustos, sus inquietudes, y sus errores con quien poder conversar; es un desgraciado, que limita todas sus esperanzas al sepulcro, que ciñe á la tierra todos sus deseos, que se mira como un vapor formado por el acaso, pronto á desvanecerse y perderse para siempre en los inmensos espacios de la nada; que no cree haber sido formado mas que para los breves días que ha de vivir en la tierra, que vive en el Universo como un hombre á quien solamente la casualidad hubiera arrojado á una isla remota é inaccesible, en la que estaria sin dueño, sin soberano, sin cuidado, sin disciplina, sin esperar alivio, sin prometerse mejor fortuna, sin cansar al cielo con inútiles súplicas, sin tener á quien dirigir sus votos y sus deseos fuera de aquel confuso abismo en que se veria sepultado, y sin buscar mas consuelo en la desgracia de su suerte, que una torpe inaccion: pues tal es el hombre que nunca trata con el Señor que le hizo.

En segundo lugar, si no podemos formar por nosotros mismos ni un solo deseo que sea digno de la atencion de Dios, si las inclinaciones violentas y continuas precipitan incesantemente nuestro corazon ácia los placeres ilícitos, si todos nuestros caminos están sembrados de escollos, y somos acometidos en ellos de enemigos invisibles, si las riquezas nos corrompen, la prosperidad nos ensoberbece, la afliccion nos abate, los

negocios nos distraen, el sosiego nos entorpece, las ciencias nos hinchan, la ignorancia nos descamina, las compañías nos engañan, la soledad nos molesta, la salud aviva las pasiones, la enfermedad engendra tibieza ó murmuracion: en una palabra, si despues de nuestra caída, quanto nos rodea nos sirve de lazo, de error, ó de tentacion, ¿qué esperanza de salud le puede quedar al hombre en un estado tan peligroso, sino el llamar á su Dios en su socorro, y dirigir continuos suspiros al cielo desde lo profundo de nuestra miseria, para que venga el mismo Señor á refrenar nuestras indómitas pasiones, á fijar nuestras inconstancias, á aclarar nuestros errores, á sostener nuestras flaquezas, á despertar nuestra negligencia, á separar los peligros, á mitigar las tentaciones, á abreviar las horas del combate, y á levantarnos de nuestras caídas?

Sí, Católicos, la Oracion es el manantial de todas las gracias, y el remedio de todas nuestras necesidades. Si el estímulo de Satanás rebela la carne contra el espíritu, en ella se fortifica la enfermedad: si la figura del mundo nos divierte y deslumbra, en ella se perfecciona la fé; si no obstante nuestras mas vivas resoluciones nos dexamos arrastrar de la ocasion, por ella se nos dá la fidelidad; si los cuidados del siglo entibian nuestro fervor, ó distraen nuestros sentidos, con ella se renueva la devocion, y se halla el recogimiento; si la inconstancia de nuestro corazon nos hace experimentar aquellos peligrosos instantes de disgusto en el servicio de Dios, en ella se ayiva el gusto del dón celestial, y se conoce lo suave que es el Señor; si las máximas de los insensatos, y los errores del mundo han debilitado en nuestro espíritu las verdades de eterna salud, en ella se aumentan las luces, y se disipan todas aquellas vanas fantasmas que habia formado en nosotros el espíritu de tinieblas; si no podemos

permanecer con nosotros mismos; si el retiro nos horroriza; si el juego, las concurrencias, los placeres se han hecho diversiones inevitables contra la molestia que nos persigue, en ella aprendemos á vivir sin el mundo, á no podernos sufrir, y hallar solamente en Dios nuestras mas suaves delicias; si las cruces, las lágrimas, las amarguras de una vida christiana asustan nuestra flaqueza, y nos impiden el que nos convirtamos al Señor, en ella se nos presenta la inocencia con todas sus gracias, se abre el seno de la gloria, y las tribulaciones transitorias no parecen nada comparadas con los bienes futuros con que han de ser coronadas; si gemimos con el peso de nuestras cadenas, en ella nos conforta poco á poco una mano invisible; si estamos en lo profundo del abismo y de la disolucion, y si parece que nuestras iniquidades, como una piedra fatal, han cerrado la entrada, y nos quitan toda esperanza de socorro, en ella un rayo de luz empieza á penetrar el horror de estas tinieblas, y resuena la voz celestial aun en la morada de la muerte; si nos hallamos en aquellos nuevos combates de la penitencia, en que la gracia y el apetito disputan entre sí nuestro corazon, y en que somos tentados pero no vencidos, inclinados al bien pero no convertidos del todo; en la oracion se acaba la victoria, se fijan las irrésoluciones, y queda el Señor por dueño. Si la perfidia ó la injusticia nos han despojado de nuestros bienes y de nuestras dignidades, y han trastornado nuestras mas bien fundadas esperanzas, con la oracion hallamos en lo mas profundo del retiro, á donde nos ha arrojado una fatal desgracia, un amigo mas fino que el que perdimos, un dueño mas poderoso que aquel á quien serviamos, unas recompensas mas seguras que las que esperabamos; si nos ha infamado la calumnia, en la oracion nos consolamos de los injustos juicios de los hombres con aquel Señor que

que á todos nos conoce; si nos aflige la enfermedad, en la oracion derrama el Señor aceyte sobre nuestras heridas; si hemos perdido un padre, un esposo, ó un protector, en la oracion empieza Dios á servirnos de todo. Los hombres que no pueden remediar nuestras pérdidas tampoco pueden consolarnos en nuestro dolor, son unos débiles consoladores, que en vez de aliviarnos nos cansan, que nos exórtan á la paciencia, pero no la pueden introducir en nuestro corazon, y si no orais, ninguna de vuestras aflicciones tiene remedio. En una palabra, contemplaos en el estado que quisierais, la oracion os consuela si es triste, os proporciona el alivio si es penoso, os asegura si es incierto, os preserva si estais expuestos en él; pero aun quando solamente nuestros intereses no nos hicieran de la oracion el exercicio mas suave y de mas consuelo, por la fé, aun quando en el destierro en que vivimos apartados de nuestro Dios, sujetos á tantas miserias, esclavos de tantas necesidades, entregados á tantas flaquezas, pudiésemos hallar fuera de él algun verdadero deleyte, y algun consuelo para nuestros males, ¿no debieramos adorarle, pues somos obra suya, y él fue quien nos sacó del seno de nuestras madres, y no ha cesado despues de añadir á éste otros nuevos beneficios? ¿Tenemos acaso otras obligaciones mas esenciales que las de darle continuamente gracias por ser el remunerador de nuestras penas, y el juez eterno de nuestras acciones? ¿No debieramos pedir que se interesase su misericordia en nuestra eterna salud, aplacar su justicia por nuestros pasados delitos, y rogarle que no se acuerde de ellos en su indignacion?

Finalmente, Católicos, el Christiano es un hombre de oracion; su origen, su estado, su naturaleza, sus esperanzas, el país de su habitacion, todo le avisa que debe orar. La misma Iglesia, en la que nos

ha incorporado la gracia del Evangelio, aunque estrangera acá en la tierra, no es mas que una triste paloma, cautiva en Babilonia, que siempre gime y se queja, y solo reconoce á sus hijos por los suspiros que continuamente envian ácia su patria; y el Christiano que no ora, él mismo se separa de la congregacion de los Santos, y es peor que un infiel.

Pero quanto mas necesaria y util es la oracion, mas importa orar como se debe. Las utilidades de esta obligacion, tan esencial á la vida christiana, están vinculadas al modo de cumplirla; y si orais mal, no orais. La fé, pues, dice San Agustin, es la primera condicion, y como la raíz de la christiana oracion: *Fides fons orationis*. Quando ora la fé empieza haciendonos aborrecer todo quanto en nosotros desagrada á Dios, á quien queremos aplacar; no pide más dones que los que nos pueden hacer agradables á su vista; y respecto de los bienes temporales, y de los demás dones perecederos, se remite á los eternos designios que Dios ha formado en orden á nuestra suerte, igualmente dispuesta á bendecirle, ya sea que nos los conceda, ó que nos los niegue; esto es, es sincera, desinteresada y sumisa.

Pero os suplico que advirtais estas tres condiciones en la oracion de nuestra santa Cananéa. Priméramente empieza saliendo de su país, y de en medio de un pueblo que era maldito. *Egressa à finibus illis.* (a) Aparta su corazon de todo lo que puede apartar de ella la vista de su Salvador; dexa allí los Idolos que sus padres la habian enseñado á adorar, y ya no cuenta con su debil proteccion; tampoco la detiene su hija, aunque la dexè en los últimos instantes de su vida, entre crueles tormentos, y quando su cuidado y

(a) *Matth. 15. v. 82.*

su presencia la serian mas necesarios. No espera como la muger de Samaria, á que el hijo de David venga á buscarla en medio de su pueblo y de sus desordenes: renuncia desde luego á los dioses de Canaán, y á los desordenes de sus primeros caminos, y corre apresurada á reconocer al deseado de las naciones, al destruidor del Imperio de Satanás, y á aquel que habia de levantar la maldicion pronunciada contra la descendencia de Cham. *Egressa à finibus illis.* ¿Nos valemos nosotros, Católicos, de estas precauciones quando venimos á presentarnos á Jesu-Christo en la oracion? ¿Salimos de entre nuestros Idolos, y de nuestro pueblo? Dios nos manda que sacudamos el yugo de la iniquidad que está en nuestras manos, antes de atrevernos á levantarlas ácia él: *Si iniquitatem, quæ in manu tua est, abstuleris à te... tunc levare poteris faciem tuam absque macula.* (a) Y pues vamos á pedir, no debemos presentar á la vista de nuestro bienhechor cosa alguna que pueda detener sus gracias; si vamos á adorar, no hemos de conservar en nuestro corazon cosa alguna que desmienta nuestros respetos; si vamos á humillarnos por nuestros delitos, no debemos llevar ya á la presencia de nuestro juez nuestros culpables afectos: á lo menos es preciso que aborrezcamos nuestras llagas, dado caso que aun no podamos cortar hasta lo vivo para curarlas. Es necesario á lo menos gemir por nuestra miseria, dado caso que aun no podamos alcanzar de nuestra flaqueza aquel generoso esfuerzo que debe libertarnos; y así toda oracion debe nacer de algun principio de penitencia, y servir de paso á la conversion; toda oracion debe, ó mudar el corazon, ó nacer de un deseo de mudanza, porque si no, no orais; vais á insultar á la santidad del Sér Supremo: y con todo, Católicos,

(a) *Job 1. v. 14. 15.*

cos, todos los dias nos presentamos á la vista de la Divina Magestad con unos vergonzosos lazos, con pecaminosos deseos, con ódios crueles, y con proyectos quiméricos de fortuna; le pedimos que nos perdone nuestras ofensas, y nosotros no solamente no nos arrepentimos de ellas, sino que acaso meditamos otras nuevas; le pedimos que nos libre de la tentacion, y queremos caer en ella; deseamos que sea santificado su nombre, y nos hallamos con ánimo de volver á ultrajarle; le pedimos que nos sea dado su reyno, y aun queremos ser de el número de los fornicarios, de los injustos, y de los adúlteros que no le han de poseer. En una palabra, deseamos que se cumpla su voluntad, y no queremos obedecerle. ¿Son estos por ventura, ¡oh Dios mio! pretendientes que os piden gracias, pecadores que esperan su perdon, necesitados que os representan su miseria, ó profanos que os insultan? ¿Qué hay en estas oraciones que no provoquen vuestra ira en vez de solicitar vuestros favores? Delante de vuestra Magestad están conversando con sus pasiones, en vez de hacerlas callar siquiera en vuestra presencia, y muchas veces salen de la oracion con el corazon mas encendido, y con el espíritu mas ocupado en algun designio, en alguna empresa, ó en alguna pasion, que quando entraron en ella. La única cosa de que está vacío, ¡oh mi Dios! es de vuestras verdades y de vuestra gracia.

Pero no basta, Católicos, el ponerse en la oracion á vista de Dios sin estorvo alguno que pueda apartar las gracias que vamos á pedirle, es necesario que la fé regle y purifique nuestros ruegos. Segunda condicion de la oracion christiana, señalada en la conducta de la santa muger de nuestro Evangelio. Señor, Hijo de David, tened misericordia de mí; *Miserere mei Domine fili David.* Permitidme, Católicos, que haga aqui dos reflexiones. La primera, que no di-

dice, como repara San Juan Chrisostomo, curad á mí hija; sino, tened misericordia de mí. Lo primero que se la ofrece en su oracion son sus propias necesidades; conoce que su alma está baxo la tiranía de un demonio invisible, y su libertad la parece mas importante que la salud corporal de su hija, por eso pide desde luego el reyno de Dios y su justicia, persuadida á que todo lo demás se la dará como accesorio. Pues esta es la regla, amados oyentes míos, ¿pero la observais en las calamidades que os afligen? ¿Empezais invocando la misericordia de el Señor sobre las ocultas miserias de vuestra alma, ó sobre los males temporales que exteriormente os molestan? ¿Pedís la caridad que siempre permanece, antes que otros dones menos excelentes, y que han de perecer con vosotros? ¿Os interesa mas vivamente vuestra conversion que vuestras desgracias? Quando un rebés de la fortuna, ó por mejor decir, un orden secreto de la providencia os ha hecho decaer de aquel estado de prosperidad en que os habian colocado vuestro nacimiento y las riquezas de vuestros mayores, ¿quál fue la primera súplica que vuestro corazon afligido dirigió al Señor? Libradme, le digisteis, de los que me persiguen; no hicisteis memoria de su gracia, de vuestra eterna salud, ni de vuestros enemigos domésticos. Quando aquel esposo, aquel amigo, aquel Gefe, de cuya vida dependia vuestra fortuna, estubieron á pique de faltaros, y os fue preciso levantar los ojos al cielo, y poner toda vuestra esperanza en el Señor, ¿qué fue lo primero que le pedisteis? ¿que os librase de las calamidades que os amenazaban, ó que os perdonase los pecados con que las habiais merecido? Quando cargó su mano sobre vuestra propia persona, y quando unas enfermedades largas y crueles marchitaron poco á poco vuestra lozanía y vuestra salud, ¿qué re-

medios pedisteis entonces al soberano médico? ¿Quando sentiais tanto las enfermedades de vuestra carne, os acordabais, por ventura, de las de vuestra alma? Qué pocos serian, ¡oh Dios mio! los que os pidiesen, si no tuvierais que distribuir mas dones que los del cielo, ni mas tesoros que los espirituales. Pero no digo bien, Católicos: no es el Señor á quien invocais quando deseais alguna otra cosa mas que él. Pedís la salud, la prosperidad, y la fama, pues solamente le rogaís para alcanzar algunos de estos dones; le buscáis como aquellos Judíos carnales, movidos de los panes terrenos que multiplica, y vuestra oracion solo es una súplica injusta de un bien perecedero, que haceis al Autor de todos los bienes.

La segunda reflexión es que la verdadera oracion siempre hace que nos acordemos de nosotros mismos, sin permitir que nos olvidemos de nuestras propias necesidades con pretexto de elevarnos sobre nuestra miseria. *Hijo de David, tened misericordia de mí.* Porque orar es conocer nuestra miseria, confesar nuestra injusticia en la presencia de nuestro Dios, y suspirar por la gracia de una perfecta libertad. Orar es querer aniquilar en nosotros todo quanto desagrada al Sér supremo, animarse á serle en adelante mas fiel, confundirse á vista de sus beneficios y de nuestra ingratitud; orar es comparar nuestras costumbres con la santa ley, medirlas siempre con esta regla, cortar sin piedad todo quanto se halla en ellas que la sea contrario, y adelantar en el exercicio de las christianas virtudes. En una palabra, la oracion es la perfeccion de nuestras costumbres. ¡Ah Católicos! El hombre estando como está tan corrompido, sustentandose con la soberbia, con la sensualidad, con la ignorancia, y estando sujeto á tantas flaquezas, por mas que haya adelantado en la virtud, ¿podrá nunca pedir favores á su Dios sino para sí mismo? ¿Podrá proponerse otro ob-

objeto de su oracion mas que las infinitas necesidades de su alma? ¿Podrá tener tiempo para entregarse á especulaciones vanas en las que se desvanezca? ¿La oracion es acaso un esfuerzo del entendimiento, ó la lengua del corazon? ¿Se puede nunca adorar á Dios de un modo mas digno de su Magestad, que quando postrada la vil criatura delante de su Soberanía, reconoce que en su presencia no es mas que polvo y ceniza? El pecador solamente debe usar de este estilo con su Dios: *Hijo de David, tened misericordia de mí.* En esta expresion se encierra lo mas sublime de su oracion; de este modo adora á su Señor, le ama, espera en él, reconoce sus beneficios, y confiesa su propia miseria.

En tercer lugar, la fé de nuestra Cananéa la inspira en su oracion una resignacion perfecta en la voluntad de su Salvador; se contenta con decirle: *Mi hija está cruelmente atormentada del demonio: Filia mea malè à demonio vexatur.* No añade, dice San Juan Chrysóstomo, libradla Señor: no impone ley alguna á su misericordia: no se la oye gritar como á aquel soldado del Evangelio: *Vénid, Señor, y curad á mi criado: no como el ciego de Jericó: Señor, haced que yo vea: no como á la madre de los hijos del Cebedéo: Mandad que se sienten mis dos hijos, uno á vuestra diestra, y otro á vuestra siniestra; sino que contentandose con manifestar el motivo de su dolor, remite lo demás á la prudencia y piedad del Hijo de David, y dexa unicamente á la disposicion de su voluntad los efectos de su suerte.* *Filia mea malè à demonio vexatur.* De este modo quiere Dios que le pidamos, Católicos; él conoce mejor que nosotros nuestras necesidades, porque nosotros regularmente no sabemos lo que le pedimos; muchas veces le pedimos favores, los que nos concede su justicia por castigo, y porque se indigna de que en nuestras oraciones no ha-